

M

Si puede ser, que sea...

Que sea el alma de Antonio Ludovico Muratori, 1672-1750, el difunto, la que se le apareciera al entonces corporalizado de Juan Sempere y Guarinos, aunque no sólo a éste, como se verá. El italiano, en tanto que *aparecido*, emerge en la obra del hispano, alicantino y eldense para más señas, como espectro pero también guía y patrón intelectual. Cuánto de ello se deba al influjo del clima mediterráneo, “de las causas físicas”, en la producción del genio, como propone el propio Muratori en el primer capítulo de sus *Riflessioni* —y siendo el de ambos mediterráneo, es decir, *templado*, “¿qué brío, qué fuego, qué sutileza y qué vasta comprensión no se ve en los ingenios de los climas templados? La naturaleza (o digámoslo más bien, la divina providencia) favorece siempre a estos climas con preferencia a los demás”— pasa a ser hoy preterible por la emergencia de *Una verdad incómoda*. Pero antaño podía afirmarse, como lo hizo Sempere en el paralelismo con la península itálica que: “Y así la Italia, Francia, España, Alemania, e Inglaterra aunque no poco diferentes entre sí, tienen ahora no obstante eso, la misma abundancia o escasez, buena o mala calidad de talentos que ha tenido siempre”.

Efectivamente, el entonces vivo, Juan Sempere y Guarinos, 1754-1830, es el redivivo del difunto; redivivo que no súcubo —cuestión de género no lo propiciaba aristotélicamente ni en el acto ni en la potencia—; así pues, que sea *redivivo* e incluso también el descanso de aquél *alma en pena* que en pos de cuerpo y alma que dieran conclusión *y/o* extensión, necesariamente cristiana, como se verá, al proyecto muratoriano, extensión, a su vez, de la Arcadía literaria.

Cristiana, y no sólo por la influencia de las nuevas enseñanzas del humanismo cristiano que, emulando el espíritu muratoriano en su *La filosofía moral explicada a los jóvenes*,

de 1735, Gregorio Mayáns y Siscar extendió en Orihuela y Murcia, en donde estudió Sempere y en donde se plasmaría lo que aquél escribía a su amigo José Nebot y Sanz en 1740 de Muratori: “hombre de gran bondad, de profunda erudición, de sumo juicio”. Decíamos cristiana, pero también y no menos que ilustrada: a la luminosa empresa que se iniciara antes del siglo de las luces y en Italia.

Para tal empresa, en ambos casos —ni que decir tiene que a Sempere le

A. L. Muratori

alcanzó la sombra del espectro muratoriano por otra “m”, la de Gregorio Mayáns—, fue necesaria la disputa con los no amigos intelectuales y, en gran medida, esos enemigos procedían, por lo que respecta al terreno civil, de los más alejados al espíritu de la Ilustración. Se enzarzaron ambos, pues, con aquellos que, no siendo pocos, se oponían a los nuevos aires en la educación, la ciencia, y, en general, en lo que vino a llamarse el *reformismo* que incluía la exigencia del espectro muratoriano: el Buen Gusto no solo debía enseñarse sino educarse. Y en la clarificación y ejemplificación de

la necesidad que de semejante exigencia tenía entonces la educación española tal vez pueda entenderse el enojo de Godoy con Sempere por el informe que sobre la educación española nuestro *espectrado* Sempere le remite.

En ese informe se *informan* ya “las causas que han impedido los progresos de las ciencias, y las Artes”, y alerta que “aunque son muchísimas, pueden reducirse a cuatro (...) cuales son la falta de educación, de medios, de impulsos y de Buen Gusto”. La primera era un hecho, aunque Godoy no lo aceptara, de las otras tres, la del Buen Gusto se le antojaba a Sempere el ideal a alcanzar. Y podía plantearse como realizable tomando como modelo a Italia, pues si bien allí la situación era bien distinta y no menos distante, la influencia de los condicionamientos físicos, “posturas de los terrenos, los ríos, los lagos, los mares, la cualidad del aire y otras semejantes”, como ya se indicó, inciden “en la producción de los ingenios”.

Si Luigi Antonio Muratori, miembro de la Compañía de Jesús, para más señas, se laureó en letras, 1692, y dos años después en derecho y filosofía, su pasión la constituían la literatura, las artes y la historia. No en vano es recordado todavía no solo por el famoso *Canon* que lleva su nombre, sino también por sus contribuciones al método de la historia que en propiedad puede apostillarse ya de “moderna” en la medida en que su fundamentación apela más a la racionalidad que a otros menesteres no menos dignos, aunque sí más heterodoxos. Pero sobre manera nos referimos ahora a sus *Riflessioni sopra il buon gusto intorno alle scienze e le arti* publicadas bajo el pseudónimo de Lamindo Britanio en 1708, y una segunda parte, en 1715, que es la que traducirá libremente Sempere, cuya finalidad era “fomentar en Italia una república literaria, que no tuvo efecto” (sic) ocupándose de “los medios de formar el Buen Gusto”, y que serán la pauta, después de más de más de medio siglo, para las *Reflexiones sobre el buen gusto en las ciencias y en las artes: traducción libre de las que escribió en italiano Luis Antonio Muratori con un discurso sobre el gusto actual de los españoles en la literatura*.

El espectro condiciona pero no determina. El espectro muratoriano extiende su sombra con libertad, dejando lugar a la imaginación y al

Buen Gusto, de ahí que Sempere confiese más como intención que como realidad: “me aparto de él frecuentemente, omito muchas pasajes, y añado, ó propongo en otra forma algunas reflexiones” (sic). Estas *Reflexiones* fueron redactadas por quien nació cuatro años después de la muerte de Muratori y si Platón atribuía al cuaternario la realización de la idea, quizá el espectro muratoriano detuvo los dados en ese punto para alojar su sombra en el año de 1754 y en el vástago de Juan Thomás Sempere y de Josefá Guarinos para –no estando si infinitivo o gerundio, sea infinitivo– dar gusto al Buen Gusto.

Y no debiera extrañar la sutileza del espectro muratoriano en la elección, pues la cuestión del gusto, del buen gusto, frente a su contrario, el de la agudeza gratuita e incluso petulante, fue santo y seña y no sólo de su erudición. Muratori en vida, y de la mano del “buen gusto”, redactó no solo las *Reflexiones*, que fue traducida de aquella manera por Sempere, sino también dos años antes, *De la perfecta poesía italiana* y también, aunque más tarde, *De la fuerza de la fantasía* (1745). Las tres obras ejercieron una notable influencia sobre las ideas literarias del XVIII: desde la puesta en cuestión de los excesos en los que a base de descontrol, artificio y originalidad hueca se sostenía el barroquismo y sus ejercicios de bagatelas, hasta la intencionada distancia con el aristotelismo escolasticista.

En los dos últimos títulos se sostenía ya la necesidad de controlar el concepto, pero más allá de eso, se proponía la necesidad del Buen Gusto. Sí, por tanto, a la fantasía, a la maravilla, al ingenio, pero con gusto, con medida. Esa parecería ser también la postura de Ignacio Luzán (1702-1754), fallecido el mismo año en que nació Sempere y trasunto del espectro muratoriano, fundador, a semejanza de la que él frecuentara en su juventud en Palermo y de idéntico nombre, la *Academia del Buen Gusto*, y transmisor de una imagen paupérrima del XVII, fruto de la decadencia y corrupción literaria que atribuía no solo al culturismo de Góngora sino que también la extendía al con-

ceptismo. Por tanto, sí, al buen gusto y, como dirá Luzán en su *Poética*, 1737, sí, mediante la guía “en todos sus pasos y vuelos por la discreta moderación de un juicio prudente y sabio”, en definitiva, como reza otros de sus títulos, *La razón contra la moda*, de 1751. Sempere añadía en sus reflexiones: “El ingenio y el buen gusto son los que hacen las obras apreciables”.

El espectro muratoriano extiende su sombra para la realización del Buen Gusto a Mayáns, a Luzán, a Sempere con una misma intención: introducir y extender el Buen Gusto, que no es sino también una forma de prescripción de juicio también para la imaginación. Tiempo vendrá en que imaginación y juicio, entusiasmo y reflexión puedan darse la mano –aunque también algo más–, pero hasta ese momento, la tarea es de acercamiento, de colaboración.

La imaginación no es ni debe ser, si se nos permite, nefelibata. Así, dice Muratori, debe ocuparse de seleccionar de entre todas las imágenes que captan nuestros sentidos de este mundo cambiante, las más precisas, las alejadas en el tiempo o las que resultan excepcionales. Pero como el gusto es relativo, incluso debe ser cambiante si quiere ser verdadero mantienen otros como Gravina, será necesario acomodar esa imaginación también al buen gusto, mediante la guía de la inteligencia y de la moral. El Buen Gusto, pues, como conciliación de la verdad, que es buscada por la inteligencia, con el placer, que es seleccionado por la imaginación, “privado arsenal y secreto erario de nuestra alma” que cuando furor poético propicia el *estasi della fantasia*. Así, ya sea cuando la poesía está al servicio del placer, como cuando está al servicio de la moral y de la política, en ambos casos, reside en ella aquel secreto tesoro.

En definitiva, el Buen Gusto como reactivación cultural y espiritual en el paralelismo implícito entre el devenir cultural italiano y español que propicia el espectro a Sempere. Y razón no le falta, pues no sólo por el clima de la geografía física de España, sino también por su clima social, político y cultural que se patentizó en el reinado

de Carlos III –y del que Sempere da cuenta en sus *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del Reinado de Carlos III* (1785-89)– la situación ha cambiado tanto aquí como cambió antes allí, verbi gratia, si bien antes se podía mantener que “la crítica anda en España a sombra de tejado”, ahora, muy al contrario la crítica “va públicamente por las calles”. La España de los Borbones ha seguido pues la estela de los italianos en un doble movimiento, acercándose al humanismo y alejándose de la anquilosada escolástica degenerada de facto en afirmación baldía del arte por el arte, en definitiva, del mal gusto. Sempere pues percibió en el despotismo ilustrado de Carlos III la consolidación del nuevo horizonte. Muratori, y si puede ser que sea..., espectro y caramañola de Sempere, y gozne epocal; compendio del pasado, y punto de partida de una nueva sensibilidad que ya a principios del XVIII, cual propóleos, anticipaba algunos de los rasgos más característicos del néctar del romanticismo que estaba por venir.

Sempere, broquel y resiliencia muratoriana, extensión espectral de la Arcadia clasicista que continuó la tarea de “*esterminare il cattivo gusto*” consciente del retraso respecto a Italia y al Buen gusto muratoriano...

Sempere, y si puede ser que sea “el discernimiento de lo mejor”, el Buen Gusto, el “examinar con atención los yerros y defectos par evitarlos, y lo más perfecto, y delicado para seguirlo y abrazarlo”. Que sea el Buen Gusto como facultad: “Buscar lo verdadero, bueno y bello”.... Como superación de la manida polémica sobre antiguos y modernos, haciendo del buen gusto el criterio, pues “mala regla para graduar el valor de los ingenios la circunstancia de ser antiguos ni modernos”... Como macadán de la nueva sensibilidad: “Acostumbrarse a juzgar rectamente de nosotros mismos, de los amigos, de los enemigos, de los pasados y de los presentes, de los grandes y de los pequeños...”

Pero también y, si puede ser, que sea con Buen Gusto, “a no dexarnos arrastar de la opinión, gran reyna del mundo” (sic).

José G. Birlanga Trigueros